

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
PAGO ADELANTADO

España:
Cada 10 números quincenales 1 pta. al mes
Extranjero:
Cada 10 números quincenales 1,50 al mes

"Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de Cabrales, núm. 144, principal.

A donde se dirijirán TODOS los encargos y correspondencia.

LO QUE PASÓ A PACO PEÑA

—¿Que por qué soy devoto de San José?... Verán ustedes...

Motivó esa frase la exclamación de Luisita, detenida ante la bella reproducción de un cuadro de Murillo que presidía el risueño salón de los recién casados.

Luisa y su hermano habían ido a visitar a Margarita, amiga de los dos, que un mes antes se casó, y por cierto muy bien, con Paco Peña, y regresaba ahora de su viaje de novios.

La visitante, juguetona y simpática, lo preguntaba todo.

Su hermano la reprendía. Paco marchaba a retaguardia orgulloso de su mujer y de su casa.

Bien podía estarlo: aquella era un encanto y ésta un nido.

Por él iban los cuatro, pasando del gabinete al dormitorio, del despacho al salón, del comedor a la coqueta galería.

Y Luisa, a fuerza de fijarse en las cosas, vió sobre una de las mesas de noche una linda estatuita de San José, de plata cincelada; y observó que en el comedor, frente al trinchante, pendía un cuadro de la Sagrada Familia «del pajarito»; y pudo ver también en el despacho que la cabeza del San José de Guido Reni ponía un reflejo de mansedumbre casta sobre la altiva y moderna librería.

—¡Qué hermoso es éste!—manifestó profundamente convencida, fijos los claros y expresivos ojos en la soberbia copia que ornaba el testero del salón. Es el del Museo de Sevilla, ¿no?

—Sí, el mismo—contestó Margarita—. Nosotros mismos lo hemos traído de allí... Es un buen mozo ese San José ¿verdad?... de cuerpo entero... Y el niño, ¡qué embeleso!

—Por lo visto son muy devotos de él en esta casa...—dijo Luisa, dirigiéndose a Paco—y su razón tendrán.

Entonces fué cuando éste se dispuso a contar el por qué de su franca devoción al santo Patriarca.

—Verán ustedes...

—Hace dos años, lo recuerdo muy bien, a principios de Marzo, recibí de mi prima Sor Adoración, la Carmelita, una petición de esas que con tanta facilidad y tan bonitamente hacen las monjas.

Que para San José era el día de la Madre Priora, que el Santo bendito era el protector de la Orden, y el patrono del monasterio, que querían obsequiar a la Superiora con un acto de toda intimidad, que a ella le habían encomen-

dado un trabajito y que yo la sacase del apuro.

—Tú que eres tan complaciente—venía a decirme poco más o menos—y que has sido dotado por Nuestro Señor de esa facultad de escribir tanto y tan bien, vas a hacerme la narracioncita que necesito, la descripción de un favor de San José, algo original que sobre tan excelso Patriarca se te ocurra.

—¿Qué me había de ocurrir, ni qué sabía yo de milágricos o favores celestiales.

Y en cuanto a ese don de escribir mucho y bien con que Dios me había regalado, según aseguraba mi candidísima prima, se reducía a noticias y conferencias en «La Opinión» y a la crítica teatral en el mismo diario.

—¡Por los clavos de Cristo—le contesté—que yo no entiendo de eso que me pides, ni tengo tiempo, ni humor, ni datos!...

—¡Sí, sí!—me insistió ella.—Tú has de hacerme una preciosidad de narración.

Y para que me documentase y orientase, me mandó cuatro o cinco libros del obligado asunto, las «Glorias de San José», del P. Butiñá; «El devoto de San José», del P. Patrignani; la «Vida», escrita por Vallejo; el «Año Josefino», del Cardenal Vives... En fin, el caos.

Hubiera yo cogido a Sor Adoración... y la hubiera metido a periodista, ya que ella se empeñaba en convertirme en escritor monjil.

No tuve más remedio que darme a la captura del ejemplo maravillosamente extraordinario.

Por aquellas páginas los había para todos los gustos y de todas clases, y San José intervenía siempre con un éxito loco en todos los asuntos de la vida.

Una madre encontraba a su hijo, un soldado se libraba de ir a la guerra, un ciego recobraba la vista, una muchacha se hallaba con dote para casarse, dos franciscanos que navegaban por las costas de Flandes...

Aquí Luisa le interrumpió impacientemente:

—¡Basta, basta, ese ya lo sabemos!... ¿Y qué le pasó a usted?

—Pues, nada—siguió Paco—que el bueno de San José llegó a ser mi obsesión, mi preocupación diurna y nocturna, una especie de fascinación espiritual que, suavemente y sin apenas darme cuenta de ello, me arrastraba a creer en un encuentro suyo. Tan saturado estaba de las visiones, conversaciones, comunicaciones familiares que narraban los libros de mi prima.

Llegué a malhumorarme, a enfadarme por cualquier minucia, a gastar un genio de todos los demonios, yo tan alegre siempre y despreocupado... Bien me constaba que era aquello una solemne tontería y que con poner la pluma sobre las cuartillas saldría airoosamente, hasta admirablemente, del compromiso místico.

Pero no atinaba a lanzarme. ¡Vaya con el encarguito de Sor Adoración! ¡Se las traía!

Una noche, o por mejor decir, una madrugada, al marchar de la redacción hacia mi casa, relampagueó en mi mente esta idea estupenda: «Si San José es tan milagroso, pídele que te suban el sueldo.»

En mi vida se me hubiera ocurrido el aspirar a más en «La Opinión», pues los treinta duros que me daban allí era el máximo a que podía llegar en aquella empresa periodística de amos sin entrañas, atentos solamente a su medro y ambiciones personales.

Yo no tenía más renta que mi pluma, y su cupón me daba ya cuanto podía darme.

Pero «si San José es tan milagroso...» Nada, decidido. Probaría fortuna.

¿Qué aventuraba en ello? Al día siguiente le empecé una novela, al estilo de las que aprendí leyendo sus ejemplos.

Tres «Pater» y tres Avemarias que me entraba a rezarle en la primera iglesia que hallaba en mi camino, y alguna limosnilla en las manos de un pobre.

¿Esperaba? ¿no esperaba?... Ni sé decirlo. Llamaba a aquella puerta como llamaría a la de uno que me constase que no estaba en su casa.

¡Pero vaya si estaba!... Y aquí viene lo archicolosal.

El mismísimo día que finaban mis rezos, me llama por la noche uno de los manejadores del periódico y me espeta este trabucazo a quema ropa:

—Montoya, el redactor jefe, se nos ha despedido... ¿Le conviene a usted su plaza, amigo Peña?... Son cuatro mil pesetas...

¡Ay! Todavía me corre por la espalda el frío que sentí al oír tal oferta.

Debí quedarme como un solemne estúpido, pues el otro me interrogó casi amoscado:

—¿Qué dice usted, hombre, qué dice usted? ¿acepta o no?... La cosa urge...

¡No había de aceptar!

Y en mi cabeza, atontada del varazo del Santo, resonaban estas solas palabras: «¡San José bendito! ¡San José bendito!»

Pero, bueno, la historia tiene una segunda parte no menos milagrosa.

Ya era un potentado, ya era un pequeño Rothschild; mas para ser un completo bienaventurado de la tierra, hombre útil y formal, necesitaba armar, fijar mi tienda y encontrar un ángel que la guardase y me guardase a mí.

Alcé los ojos al báculo florido, pensé que aún podía caer sobre mi alma alguno de sus pétalos blancos, y me decidí a hacer los siete domingos. ¡Ahí era nada! Confesar y comulgar siete semanas... Hazaña peliaguda, empresa de héroes.

Pero San José, ahora ya estaba cierto de ello, no podía faltarme.

Antes de terminarlos, conocí a Margarita... ¿Podía decir más?... ¿Queda explicado el por qué de mi devoción a San José?...

—¿Y en qué paró el encargo famoso de su prima la monja?—preguntó Luisa, regocijada por el final optimista del relato.

—¡Ah! Pues que mi Abogado celestial remató el asunto bien del todo... Sor Adoración me relevó del compromiso, porque todas las monjas se sintieron poetisas y letradas, y no necesitaban de socorro seglar...

—Entonces, pienso—arguyó la niña, sonriendo maliciosa—que todo fué inocente tramoya de su buena parienta, candorosa añagaza por convertir a usted.

—Nunca lo sospeché—contestó Paco—ni creo tan hábil pescadora a la pobre enclaustrada... Mas sea lo que fuere, es lo cierto que ordené mi vida, recobré mi alma y dí con buena esposa... gracias a San José.

J. LE BRUN.

LA RAZA DEICIDA

El aumento de la raza judía de unos años a esta parte ha sido prodigioso. Hace pocos años nada más, se creía que los judíos esparcidos por todo el mundo no pasaban de doce millones; hoy, a juzgar exactos los datos que nos proporciona el libro anual de esa raza, llegan a la cifra de 15.400.000. La mayor parte de ellos se encuentra en los países eslavos y en Austria y Hungría. Su país natal, Palestina, apenas si contiene un doce por ciento de todos ellos, pues sólo hay allá unos 85.000.

La nación que después de las enumeradas contiene más población judía es los Estados Unidos: no bajan los que allí hay de 3.300.000. La ciudad más judía del mundo, es decir, la que más judíos tiene absolutamente, es Nueva York, ya que ascienden a la respetable cifra de 1.500.000 judíos los que pululan por las calles de aquella Babilonia. Así pues, Nueva York tiene aproximadamente la décima parte de los judíos que hay en el globo y más del doble de la población que tenía Jerusalén cuando fué destruida por los ejércitos romanos.

Raza infeliz, que a pesar de gobernar el mundo con el dinero inmenso que acapara, no puede constituir una nación independiente. Las palabras de Jesucristo se han de cumplir, y todos los esfuerzos y ensayos de los judíos por unirse en un territorio con gobierno propio, como lo han pretendido en repetidas ocasiones, han sido inútiles.

SANDY.

La Virgen de los Dolores

Voy a contaros una historia, que hace tiempo en un libro piadoso, y, de la cual, los años no han logrado borrar la muy honda impresión que produjo en mi alma.

Las luchas de Polonia por conservar su independencia y aquellos sus desesperados esfuerzos, después de perdida, por recobrarla, son de lo más triste y emocionante que registran los anales contemporáneos.

En uno de los últimos levantamientos contra Rusia, el más cruel y feroz de sus opresores, fué hecho prisionero con las armas en la mano y condenado a muerte el conde de Scholinski.

Recibió esta noticia la condesa con aquella firmeza y serenidad que atesoran las almas grandes, y tomando de la mano a su hijo Estanislao, niño de diez años, y llevándolo al oratorio, hizo que con ella se postrara ante una imagen de la Virgen de los Dolores y—«Señora, —la dijo;—ruega por nosotros; sávanos en estos momentos de dolor; devuelve el marido a su mujer y el padre a su hijo; mira nuestras lágrimas, tú, que sabes lo que es sufrir, tú, que has sufrido tanto.»

Un rayo de esperanza brilló sobre la frente a la condesa. No se hizo esperar la resolución. Acompañada de su hijo y de un solo criado, se dirigió a la cárcel donde el conde, esperando la hora fatal, se hallaba detenido, y, sobornando al carcelero, logró bajar con el niño hasta el fondo de la prisión. Media hora más tarde la desgraciada condesa de Scholinski, ocultando su rostro, abandonaba el calabozo, llevando de la mano a su hijo, todo deshecho en lágrimas. ¡Cuál sería el asombro del carcelero, cuando, al hacer por la noche la ordinaria requisa, vió con espanto que el conde había sido reemplazado por la condesa! El coronel conde de Scholinski, evadido de la prisión, se hallaba ya en camino para París, acompañado de su hijo.

Pasó año y medio. El conde nada sabía de la condesa. Estanislao, interno en un colegio de religiosos, adelantaba notablemente en sus estudios, y más aún en piedad y en nobles sentimientos. El día de su primera Comunión se acercaba.—¿Cuándo vendrá mamá?—preguntaba continuamente a su padre. Quiero que venga para el día de mi primera Comunión, y vendrá, repetía con acento de profundísima convicción.

Dominado por este pensamiento, hizo un día la señal de la Cruz, y burlando la vigilancia del colegio, escribió esta carta a Pedro, el criado de la condesa, que había quedado en Varsovia: «Pedro, te mando que digas a mi madre que dentro de un mes recibiré la santa Comunión y que espero para ese día su llegada a París con el fin de asistir a ella. No la escribo porque estoy seguro de que no recibirá mi carta. Expónle con toda precaución mi deseo, mientras de todo corazón te abraza, Estanislao. Estoy en el colegio de...»

Desgraciadamente al conde de Scholinski le fué entregada por aquellos días esta breve misiva: «No hay esperanza alguna. Parto para Siberia. Resignación. Pedro intentará el último esfuerzo; pero se dice que la más leve tentativa de evasión costará la vida a la condesa. Te amamos y te compadecemos con toda el alma.»

Y el niño Estanislao, siempre espe-

ranzado y tranquilo.—Antes de mi primera Comunión haré una novena a la Santísima Virgen; terminará con una buena confesión, y, limpia mi alma de toda mancha, de tal modo interesaré su maternal misericordia, que se verá obligada a traerme a mi madre.

Según costumbre piadosísima, la tarde anterior al gran día los padres fueron citados al salón para bendecir a sus hijos. Estanislao, después de abrazar efusivamente a su padre recibió de rodillas su bendición.—Esta es la vuestra, le dijo el niño; confío en que no me faltará la de mi madre. ¿Sabéis que va a venir? Quiero que asista a mi primera Comunión, y así será. La Madre de Dios, en honor de la cual acabo de terminar una novena, me traerá la mía esta tarde, o bien mañana muy temprano.—Vamos, hijo mío, exclamó el conde... y no pudiendo sostener aquella dolorosa conversación, abandonó el colegio.

Dieron las cinco, las seis, las siete de aquella tarde tan llena de inquietudes y de esperanzas. Durante la recreación, el niño Estanislao fué a la portería repetidas veces.—¿Nadie ha preguntado por mí?—Nadie; contestaba el portero: vuestro padre ha estado no hace mucho a visitaros...—Sí; pero yo espero otra visita: la de mi madre.—Vuestra madre no está en París...—Cierto, más... vendrá; estoy seguro de ello...

El director del colegio, que seguía entristecido todos los movimientos de Estanislao, reveladores de los anhelos de su alma, se acercó a él y le dijo con extrema dulzura:—Basta, señorito; me explico perfectamente vuestro deseo y vuestras oraciones; mas la hora de la recreación ha pasado y ha llegado el instante de que os incorporéis a vuestros compañeros.

Gran contrariedad produjo este mandato en el alma de Estanislao. Aceptó el sacrificio sin replicar, diciendo, sin embargo, para sí mismo:—Después de todo, mi madre, cuando llegue, me llamará.

A las ocho se sirvió la comida. Los educandos se disponían para subir al dormitorio. Sin perder la esperanza, el niño se sentía desfallecido.

En aquel preciso momento, una mujer modestamente vestida, pálida y vacilante, entraba en la portería del colegio, y preguntaba por el joven pensionista Estanislao Scholinski.

—Señora, es ya muy tarde, le contestó el portero, desconfiando de aquella visita inoportuna; mas tanto y con tales acentos de ternura insistió la condesa (era ella y no otra) que, profundamente conmovido, le permitió acercarse a una ventana, para que, desde allí, viera desfilar a los educandos por la larga cruzija.

Estanislao, que contaba con la llegada de su madre, separóse un poco de la fila, fijando su mirada en aquel punto a donde la llevaba su corazón.

Todo lo apreció en un momento la condesa.—¡Allí está! ¡Allí está!... exclamó; y, lanzando un grito cayó sin sentido.

¿Cómo la condesa había logrado evadirse de los que la conducían a Siberia? ¿Cómo, fugitiva y sin recursos, había llegado a París? ¿Cómo había aparecido en la portería del colegio a la hora misma en que su hijo la esperaba?

La Virgen de los Dolores, ante cuya imagen habían orado madre e hijo tan fervorosamente en el primer instante

de su amarga desolación, nos explicaría el milagro.

Al día siguiente el conde y la condesa de Scholinski, inundados por una dicha inefable, asistían juntos en la capilla del colegio a la primera Comunión de su hijo Estanislao.

Florencio Jardiel.

EL SILENCIO

Era la tarde de Viernes Santo. La acera de la calle Mayor, del lado del Bazar de la Unión, rebosaba de gente, que, se apiñaba para ver la procesión de los Pasos.

Apoyada en la columna de un farol se hallaba una airosa mujer, que frisaría en los treinta años, alta, no muy gruesa, morena, de ojos expresivos y rostro agraciado y movable, coronado por negra y abundante cabellera, cuidadosamente peinada y sujeta por dos o tres peinetillas de brillantes imitados. Por encima del negro pañuelo de crespón, con largos flecos, salían unos vuelillos de encaje o puntilla blanca, que rodeaba el cuello, en el cual brillaba una cruzecita de oro, suspendida por estrecha cinta de terciopelo negro.

Al lado suyo, y con ella, estaba otra mujer mucho más joven, bien parecida, aunque no tanto, ni tan bien aderezada.

Ambas sostenían animada conversación, en voz bastante alta y clara, para que cuantos estaban algo próximos pudiesen oír. Mal he dicho conversación, porque la más joven sólo respondía con monosílabos, alguna frase suelta y grandes risotadas al torrente de palabras que salían de los labios de la morena alta, quien, poseída sin duda de su oratoria y del efecto que producía en sus oyentes, no dejaba de meter baza a su compañera.

Como puede presumirse, los motivos de toda aquella charla, pintoresca y agresiva, eran la procesión y los que la formaban y las caras y actitudes de los que, en la acera de enfrente, hacían lo que ella: esperar a que pasasen los pasos.

Ya, precedidos de los guardias a caballo, habían desfilado, los chicos del Hospicio y los de varios otros colegios y asilos, y todas las mangas de las parroquias, y se había parado enfrente el «paso» de la Oración en el Huerto, al que seguían, con su estandarte, algunos individuos de no sé qué cofradía.

Aquí la morena fijó sus pícaros ojos en la nada esbelta figura de un buen señor, inconsideradamente calvo, que llevaba en la mano el cetrillo de la congregación y en la otra un gran pañuelo blanco, con el que se iba limpiando el sudor de su voluminoso cuello, oprimido por alta tirilla de «pajarita».

Verle y soltar el trapo a reír y a decir donosísimas e intencionadas cuchufletas, todo fué uno. Su movable rostro, y sus ojos y manos, decían más que sus palabras, con ser de las más expresivas del diccionario del género chico; los que allí cerca estaban apenas podían contener la risa.

Dos de la escolta real, y otros mozarrones que ocupaban lugar más próximo, aplaudían y jaleaban a la «oradora», quien no cesó en la burla del pobre señor gordo y de los que con él acompañaban el «paso», hasta que acertó a llegar un sacerdote que, con una vela apagada en la mano, iba haciendo señal de que la procesión, buen rato detenida, siguiese adelante.

Excitada con el aplauso de los fornidos y nada feos coraceros, tomola entonces la morena con aquel «cura», y... con todos los «curas»...

Ella sabía muchas cosas de iglesia, ¡como que era oficiala en un gran obrador de planchado, en planta baja!, y precisamente el sábado antes habían llevado a planchar y rizar varias sobrepellices..., ¡la que se armó aquella tarde en el obrador! Ella se puso una sobrepelliz muy rizadita, que la «caía» muy bien sobre la oscura falda, y entonó el «Dóminus vobiscum» y el «quo vadis» (aún no lo había puesto en moda el «Heraldo») y el «requiescan» y... ¡echaba cada bendición!... Las otras oficialas cantaban el «gori gori», y hubo tal zambra, que se agolpó la gente a las vidrieras, y vinieron los del orden, y los de Romanones a caballo, y los mangueros de la villa, y... la mar de golfos! La maestra, al principio, se desternillaba de risa, pero luego se puso como una pantera al ver que las planchas estaban frías, que no se trabajaba y que aquello era un escándalo... La sobrepelliz quedó hecha un guñapo, y hubo que lavarla de nuevo..., y aquella noche velaron hasta las diez.

Y, ¡qué de cosas sabía ella de los «curas»!... Que si eran esto, que si eran lo otro... Dios mío, ¡cuántas barbaridades salían de aquella boca, que no hubiera desdeñado Rubens para una matrona de sus cuadros! La pobrecilla debió haber oído algo, y aún algos, de la vida y milagros que se cuenta de los «curitas» de «El País», y a todo sacerdote le colgaba aquellas inmundicias.

No todos los que escuchaban tales cosas se reían como los estúpidos mozarrones que las coreaban regocijados.

Algún señor grave, de amplio rostro, terminado en ancha y corta perilla cana, con todo el aire de padre de la patria o de personaje importante, tenía fruncido el ceño y lanzaba nada tranquilizadoras miradas a la descocada habladora; pero no llegó a desplegar sus labios. Tal vez pensaba para su coleccion, «lo mal que pudiera avenirle al tomárselas con aquellos jayanes», y mozas de rompe y rasga, y opinase prudentemente, que al buen callar llaman Sancho...

Una señora entrada en años, y en cuyo rostro se reflejaba la indignación causada por aquel irreverente y procaz lenguaje, ya despojado de la gracia e ingeniosidad que en un principio tuviera, acercóse resueltamente a la heroína de esta historia, y, a riesgo casi seguro de que la soltase un par de desvergüenzas mayúsculas, la dijo en voz alta, aunque mesurada:

—Haga usted el favor de callarse, joven. Está usted ofendiendo a muchos que la escuchan, y, sobre todo, ofende usted a Dios en las personas de los sacerdotes. ¡Tal vez, por justos juicios de Dios, a la hora de la muerte se encontrará usted sin uno de esos «curas» que desprecia, para absolverla de sus pecados!...

No un par de desvergüenzas, como era de temer de aquella boca, sino un par de gruesas lágrimas, saltaron de los ojos de la graciosa morena, quien, con el rostro inmutado y la voz conmovida, exclamó:

—Señora, ¡por la Virgen Santísima!, no me diga usted eso, que yo soy cristiana, y tengo temor de Dios.

—Pues el que es cristiano—replicó la señora—y teme a Dios y le ama no insulta y escarnea a sus ministros...

Calló la dama, enmudeció la manola y las risas se apagaron en todos los labios...

Cuando custodiada por los graves alabarderos pasó la imagen, de Jesucristo crucificado, todas aquellas rodillas se doblaron reverentemente. Con mayor respeto, si cabe, lo hicieron al pasar la de la dolorida madre de Jesús, cubierta con el largo manto de terciopelo negro...

La morena de la cruzecita de oro al cuello se santiguó devotamente, levantóse, y ofreciendo su mano a la señora que tan sin respetos humanos la reprendiera, ayudóla a ponerse en pie pidiéndola mil perdones «por el mal rato que la había hecho pasar...»

Yo no sé si la buena moza del pañuelo negro de flecos vendrá este año a ver la procesión de los «pasos», ni si tendrá tan «buen humor» como el pasado. Yo sólo sé que la palabra enérgica y digna de una señora católica bastó para cerrar una boca maldiciente...

Yo sólo sé que el silencio es el gran pecado de muchos católicos, altos y bajos, de quienes parece se ha posesionado aquel demonio que «era mudo»; y que el silencio de ahora y de hace mucho tiempo, si no le rompemos voluntariamente, unidos para la común defensa, nos lo hará romper el látigo de los enemigos de Dios y de su Cristo; pero sólo para lamentarnos tardía e inútilmente de nuestra estupidez y falta de valor cristiano.

R. Farelo.

LA IGLESIA

Ni la fuerza, ni el oro la fundaron, ni el humano saber ni la elocuencia, y cuenta veinte siglos de existencia que indefectible siempre la encontraron.

Todos ¡ay! al pasar la calumniaron: la calumnió el amor, la falsa ciencia, la calumnió el tirano y la obediencia hasta sus mismos hijos la negaron.

Enterrando fué siglos y herejías, y enterrando fué pueblos y naciones contra su Dios y Cristo rebelados...

¡Europa criminal de nuestros días, ni ejércitos tendrás ni acorazados, y aún ella reinará en los corazones!

Fr. S. de U.

Meditación y súplica

Se aproxima la Semana Santa, de solemnes y conmovedoras meditaciones para el cristiano que, instruido en la vida, pasión y muerte de Cristo-Dios, Creador del hombre, su Redentor y Salvador, sin que otro tuviera, aunque son muchos los que por tales se quieren hacer pasar... en provecho propio no en bien del prójimo, no puede por menos de llorar, arrepentido, sus pecados, sus desvíos, sus ingratitudes al que por darnos todo, descendió de su trono como ninguno, excelso y llevando sobre sus hombros la pesada cruz de nuestras culpas, murió en ella después de terribles sufrimientos; y con esta muerte de amor al hombre y para asegurarle su eterna salvación, nos hizo de nuevo dignos de un reino inmortal.

¡Bien poco nos pide a cambio de tanto sacrificio: el cumplimiento de su ley, suave, ligera, fácil de cumplir, ¡y que en este cumplimiento va hasta nuestro bienestar temporal! ¿Puede haber hom-

bre más feliz que aquel que tiene la conciencia tranquila, libre de los remordimientos del mal? Ved cómo sufren y se desesperan y hasta se suicidan los malvados por no poder con el peso de sus iniquidades.

Se acerca la Semana Santa; si meditásemos bien los sublimes y santos misterios que en ella se conmemoran: el amor infinito de un Dios hecho Hombre, y los dolores acerbísimos de una Madre, la mejor y más santa de las Madres, creedme, no habría hombres malos en el mundo, todos nos amaríamos con ese amor característico del cristiano verdadero.

Pero ¡ay! que muchos ni piensan en ello, ni quieren aceptar los deberes del agradecimiento, y esto será causa un día de terrible e irremediable sentencia, día aquel en el que haya terminado «la hora del hombre» para empezar la «hora de Dios Justiciero».

Concede el Rey de la tierra un acto de confianza a un súbdito suyo, y éste, ¡ah, sí!, guardará siempre de tal magnanimidad motivos a los más grandes sacrificios, enternecido por el agradecimiento.

Mas, como el demonio no descansa en la perdición de las almas, procura que jamás estas se muestren agradecidas a los favores del cielo, aunque en ocasiones les permita reconocer favores terrenales. ¡Cuántos hay, sí, que saben corresponder a un favor de los hombres y sin embargo, reniegan de los

que en todos los momentos de la vida están recibiendo de Dios!

Oh, Soberano Señor y Redentor mío, que no sea yo de estos; que siempre me tengais fervoroso y activo entre fantisimos como por Vos y para Vos trabajan, al mismo tiempo que santificando sus almas, procurando la salvación de las demás.

Señor, mi vida os pertenece por entero; Vos me la disteis, en Vos alienta y labora, a Vos ha de volver, ¿cómo? Que sea, Señor, como la de los fieles discípulos tuyos. Para esto y nada más que para esto hemos sido creados y hemos sido redimidos con vuestra preciosa sangre y con las lágrimas de vuestra Madre Santísima, nuestra Madre también desde el Calvario.

J. O. F.

Util y dulce

PARA EL CONCURSO

1.ª PREGUNTA.—Los medios más eficaces de propaganda católica me parecen las **Fundaciones pro prensa**. Si un rico me pidiera consejo para emplear su dinero a mayor gloria de Dios, provecho del prójimo y utilidad propia espiritual, yo le diría: Deje usted una o varias fundaciones perpetuas, v. g., de 1.000 pesetas, para que con el producto del interés, **cada año, perpetua y gratuitamente** quede suscrito uno o

varios pueblos al periódico católico de mayor circulación, dirigido a nombre de aquella persona que más fácilmente divulgue su lectura.

¿Qué le parece a usted la idea? Va en síntesis, pues se presta a uno o varios artículos.

A LA 2.ª—De mi agrado son aquellos periódicos y revistas **metódicamente más variados**. Quiero decir, de muchas secciones variadas, periódicamente repetidas. Lo que me desagrada mucho es ver los anuncios **entrometidos** entre las noticias, etc. Los anuncios con los anuncios y cada cosa en su lugar.

A LA 3.ª—De RELIGION Y PATRIA digo: Me agradaría un artículo de fondo político-cronológico; los tipos o caracteres a veces son puqueños; que los cuentos o historietas sean más breves. La cabecera mejor dibujada y mejor clase de papel.

¿Qué bien se receta, eh?

M. Moreno

Director de «Hojita Popular».

Aldeaseñor (Soria).

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. M. P. y D.ª A. A.—Serantes.—Pagarón fin Febrero 1924.

Sr. D. A. M. P.—Naves.—Id. 1923.

Sr. D. M. L.—Navelgas.—Id. 1923.

Sr. D. M. R., Pbro.—Oviedo.—Recibido G. P.—Gracias por todo.

Sra. V. de R. F. R.—Novalin.—Pagó 1923

Viuda e hijos de Gregorio Alonso

Grandes almacenes de ferretería, loza y cristal. Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras.

Solicítense precios—San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 :: GIJÓN C

Doctor EMILIO VILLA

Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — ESPECIALISTA — Electricidad médica

Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6.

San Bernardo, 148 # GIJÓN # Teléfono: 797

Banco de Castilla

SOCIEDAD ANÓNIMA FUNDADA EN 1857 :: Infantas, 31 :: MADRID

AGENCIA DE GIJÓN: CALLE DE LOS MOROS

Cuentas corrientes :: Giros :: Cobros :: Comisiones :: Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros :: Cartas de crédito :: Descuentos :: Préstamos :: Cuentas corrientes :: :: :: con garantía de valores :: Depósitos, etc. :: :: :: :: :: ::

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde una peseta en adelante, al 3 por 100 de interés anual.

Las Camelias

TEJIDOS :: SASTRERÍA :: San Bernardo y Jovellanos :: GIJÓN

=: Esta casa recibe constantemente las más ALTAS NOVEDADES para Señora y Caballero :=

GRAN SURTIDO EN GÉNEROS BLANCOS

MAESTRO CORTADOR DE PRIMER ORDEN

C. PRECIO FIJO == TELEFONO 843

ACEBAL, RATO Y COMP.ª

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor : GIJÓN

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

La Fama Asturiana

Se recomienda por sí solo el chocolate de esta marca.

Pídase en todas las tiendas de comestibles.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 453 :: Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

DE

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

C. Teléfono. 312.

Imp. «La Reconquista».—Gijón.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

GRANDES ALMACENES

de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y floruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 185 :: Teléfono 230

- GIJÓN -

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FABRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua)

Harinas superiores :: Chocolates exquisitos

:: :: Pan superior de todas clases :: ::

Carretera de Villaviciosa ::: GIJÓN

C.

Doctor Calisto de Rato y Roces

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES

DEL SISTEMA NERVIOSO

Cuarenta y cinco años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

Correda, 63.

GIJÓN